

Cuentos de Verano

-2-

Autor: Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Ilustradora: Noemí Contreras

Cuentos de Verano

-2-

Los Veranos
de Josema

Chema Contreras (José Manuel Contreras)

© *Chema Contreras (José Manuel Contreras)*

Correo electrónico: losveranosdejosema@josemcontreras.es

<https://www.josemcontreras.es>

Twitter: @TxemaContreras

© Ilustradora: Noemí Contreras

Junio 2018

Dedicatoria

Algunas historias son intemporales, especialmente aquellas que nacen de los sueños y, sobre todo, cuando sus raíces prendieron en la infancia.

Creo que por muchos años que cumpla, mimaré y cuidaré de aquel niño que fui, y que cada día siento latir dentro de mí.

Para todos esos niños o niñas que fueron, y nunca han dejado ni dejarán de serlo, vaya esta dedicatoria. Permitidme, no obstante, que la personalice en la figura de mis hijas, Noemí y Marina, así como en mi ‘niña grande’, Yolanda. Te amo. Os amo.

El Autor

Índice

Los Colores del Otoño

El Lenguaje de las Nubes

Nínfalís, o la Fuerza de los Sueños

El viaje del agua

Un paseo por las estrellas..... 9

Actividades “Cuentos de Verano –2–”

Actividades Los Colores del Otoño

Crucigrama.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Haz un Dibujo.

Actividades El Lenguaje de las Nubes

Encuentra Palabras Después de la Lectura.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Escribe tu cuento.

Actividades Nínfalís o la fuerza de los sueños

Crea tu poesía, con la ayuda de Nínfalís.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Palabras enlazadas.

Actividades El viaje del agua

Escribe unos versos encadenados.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Busca la magia en las palabras.

Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Actividades Un paseo por las estrellas

Completa las frases, después de la lectura.

Preguntas a Responder Después de la Lectura.

Busca Palabras Mágicas Después de la Lectura.

Soluciones Los Colores del Otoño

Soluciones El Lenguaje de las Nubes

Soluciones Ninfalis o la fuerza de los sueños

Soluciones El viaje del agua

Soluciones Un paseo por las estrellas

Un paseo por las estrellas

Recuerdo las noches de verano en el pueblo de mi abuelo. Eran muy agradables. El silencio lo inundaba todo; tan solo se escuchaba el incesante canto de los grillos y el misterioso ulular de algún perdido búho. Cuando había Luna Nueva y el cielo estaba tan oscuro como una inmensa cueva, miles y miles de estrellas titilaban sobre nuestras cabezas haciéndonos guiños desde allá arriba, como si pretendieran mandarnos mensajes en clave.

En el barrio de Madrid, donde yo vivía, era imposible ver un cielo como el que se podía ver sobre el pueblo de mi abuelo, cerca de Segovia, en las suaves noches de verano.

A cincuenta pasos de la casa, en la esquina de la calle con la carretera que baja a la capital, había unas grandes piedras de color gris, y sé que la distancia eran cincuenta pasos, ni uno más ni uno menos, porque jugábamos a contarlos casi todas las noches, como esperando que un día, al recorrer ese mismo camino, descubriéramos que alguien las había movido, pero mi abuelo, siempre, contaba menos que yo.

Hace unos cuantos años, quitaron las grandes piedras de color gris, porque estorbaban para construir unas casas, pero estoy seguro que si aún estuvieran allí y contase los pasos desde la casa de mi abuelo, no llegarían a cincuenta; ahora tengo las piernas más largas.

Frente a las grandes piedras de color gris, al otro lado de la carretera, estaban las eras; grandes; llanas; extensas. Parecían una gran alfombra de color verde salpicada de flores multicolores en la primavera y un mar dorado como el sol, en los calurosos días de verano.

La gente del pueblo, después de recoger su cosecha, se reunían en las eras a trillar, y con ello separaban el grano de la paja. Para mí, y para muchos de los chavales y chavalas del pueblo, era una gran fiesta.

En el pueblo de mi abuelo, cuando yo iba en verano, había muy pocos coches y podíamos jugar en la calle a la pelota, al escondite, al rescate y a muchos otros juegos, sin peligro alguno. La gente entonces utilizaba carros, burros, caballos, los que tenían la suerte de tener uno, y otros montaban en bici para desplazarse de un lugar a otro.

Yo me ponía un sombrero de paja que me compraron mis padres, subía en el trillo de mi abuelo tirado por dos vacas, y a dar vueltas sobre la cosecha recogida en los sembrados, y que habíamos extendido en el suelo, haciendo un círculo, para dar vueltas con el

trillo. Algunos vecinos del pueblo utilizaban bueyes o burros, en lugar de vacas, y aquellos que no tenían ganado, siempre había algún familiar o algún paisano que le dejaba su pareja de vacas o de bueyes.

Me acuerdo del nombre de las dos vacas que mi abuelo ponía a tirar del trillo. A una la llamaba Rubia, porque el color de toda su piel era del suave color de la miel; a la otra la llamaba Golondrina porque era de un brillante color negro por arriba, y por la parte de abajo, por la tripa, era de un limpio color blanco, igual que las golondrinas que volaban por el pueblo.

Con el paso del tiempo en San Cristóbal de Segovia, como en muchos otros pueblos de la provincia, han desaparecido las eras porque la gente ya no trilla, y se han utilizado para construir casas, pero no solo servían para trillar en verano, sino para jugar nosotros, pasear, preparar juegos en las fiestas del pueblo, y para muchas cosas más.

Muchas noches, mi abuelo y yo, nos sentábamos al fresco sobre las grandes piedras de color gris, y me enseñaba a leer el cielo y a orientarme mirando las estrellas.

Me acuerdo perfectamente de una noche del mes de agosto, cuando mi abuelo y yo estábamos sentados bajo un oscuro cielo sin luna, plagado de brillantes luces de colores, y vimos pasar tres estrellas fugaces que

atravesaron el cielo de punta a punta. Brillantes. Cada una de un color. Una de color azul, otra rojo, y la tercera, de un intenso color amarillo.

— ¿Las has visto, abuelo? —pregunté eufórico.

— Sí, perfectamente ¿Ha sido bonito, verdad? —respondió.

— ¡Qué suerte! ¿Puedo pedir un deseo, abuelo? Bueno no, uno no, tres —añadí.

— Es una bonita costumbre la de pedir un deseo cuando se ve una estrella fugaz, pero ¿no me vas a dejar a mi pedir alguno?

— Perdona abuelo, no me he dado cuenta —me disculpé—. Pide tu uno, yo otro, y el tercero lo echamos a suerte ¿Te parece?

— De acuerdo —aceptó mi abuelo.

Cerré los ojos y los apreté lo más fuerte que pude. De tanto como los apreté se me saltaron las lágrimas, no porque estuviera llorando, sino por la fuerza con la que quería pedir mi deseo, o al menos así lo recuerdo. A los pocos segundos abrí los ojos y dos cálidas lágrimas recorrieron mi cara hasta caer, desde mi barbilla, sobre las grandes piedras de color gris. Como era de noche, mi abuelo no lo vio; no me hubiera importado que lo hubiera visto, pues sé, que no me diría nada; más bien, porque no habría sabido cómo explicárselo.